



EL MILAGRO

DE

SAN ANTONIO DEL DOBLON.

Curiosa relacion, en que se declara y da cuenta de lo que le sucedió á un caballero natural de Jerez, á quien el demonio impuso un falso testimonio, diciéndole que su esposa le era infiel, y como por intercesion de S. Antonio de Padua se vieron protegidos y libres.

Al Ave de gracia llena
Maria, Virgen y Madre
de Jesus Verbo humanado,
Hija del Eterno Padre,
y del Espiritu Esposa;
la que subió á coronarse
por princesa de los cielos,

y con musicas suaves
los nueve coros gloriosos
nunca cesan de alabarle.
A este encanto, á este prodigio,
hoy á sus plantas se abate,
una mal cortada pluma
muy humilde, á suplicarle

le dé su bendita gracia
para que en este romance
dé noticia á mi auditorio
del suceso mas notable,
del mas famoso milagro
que han visto las edades.
A todo el mundo convido,
y el que viniese é escucharme
oirá contar alabanzas
del gloriosísimo Padre
Antonio de Padua, siervo
de Jesus, firme y constante;
atencion, nobles oyentes,
que ya comienzo á esplicarme.
En la ciudad de Jerez,
noble, rica y abundante,
doña Maria Javiera
nació de muy nobles padres:
crióse esta bella dama,
y á los veinte años cabales
casó con un caballero,
que diré sin dilatarme
llamarse don Agustin
de Guevara, y esto baste.
Eran los dos muy devotos
de aquella antorcha brillante,
san Antonio esclarecido,
y en su pechos muy constantes
traian para memoria
en una estampa la Imágen
del bendito san Antonio,
que los defienda y ampare.
Pero el demonio envidioso,
envuelto en ira y corage,
encendido en viva rabia
por si puede derribarles
de tan santa devocion,
con manto y basquiña sale
en figura de una dama
muy conocido de antes
del caballero, y le dice
aquestas palabras tales:

sepa usted, don Agustin,
como en la huerta ayer tarde
vide que estaba su esposa
en un oculto parage,
con un cierto caballero,
manchando vuestro linage
entre profanos deleites:
¡quién tal horror intentase
con vos que sois bien nacido,
hijo de tan buenos padres!
por cuyo justo motivo
he venido á daros parte,
y á deciros la verdad,
asi el infierno me trague
si ne es como he referido;
anda, señor, al instante
si quieres tomar venganza
de quien tanto agravio os hace.
El caballero confuso
luego á su casa se parte;
sin darse por entendido,
ni ser notado de nadie,
tomó todos sus vestidos,
dinero, y sin declararse
con su esposa, una mañana
partió á la ciudad de Cádiz,
donde estuvo cuatro dias,
y en un navio mercante
para las Indias de Oriente
se embarcó, y con favorable
viento á las Indias llegó
y saltó en tierra una tarde.
Volvamos á la señora
que quedó con tres infantes
sola, y sin tener en casa
quien su hacienda gobernase.
Amargamente lloraba
aquella ausencia tan grande
de su muy querido esposo,
y con llantos lamentables
decia: ¡oh mi Agustin!
¡cómo ha sido el olvidarme!

Dios sabe que yo en mi vida
no he pensado en agraviarte.
Acuérdate de estos niños,
muévate el amor de padre!
Es mi mayor sentimiento
el no poder encontrarse
alguno que dé razón
de tí, para ir á buscarte.
Y viendo que no parece
se vistió distinto trage,
la hacienda se le perdió
por no haber quien la cuidase.
Se vino á quedar tan pobre,
que de noche por las calles
salia á pedir limosna
para poder sustentarse.
Así estuve nueve años
y cuatro meses cabales,
y un domingo de mañana
llorando de casa sale
porque los niños querían
pan, y no tiene que darles.
Derecha fue á san Francisco,
y con lagrimas abundantes
á san Antonio de Padua
esta suplica le hace:
bien sabes, Santo glorioso,
la necesidad tan grande
en que me veo metida;
mis hijos estan sin padre,
y yo me hallo sin esposo;
y pues sois tan fino amante
del dulcísimo Jesus,
suplicadle que me ampare,
me asista y me favorezca
en este aflijido lance;
mañana por la mañana
yo volveré á visitarle,
y me has de dar de mi esposo
noticia sin que esto falte.
Del santo se despidió,
y de la iglesia se sale.

Vamos á que la señora
llegando á su casa sale
el niño mayor de todos,
diciendo: señora madre,
un religioso francisco
ha traído tres costales
de trigo y estos dineros,
y que á usted los entregase,
y que comamos de ellos,
que presto vendrá mi padre.
La madre le preguntó:
hijo ¿conoces al padre?
No señora, mas me ha dicho
que no ha dos horas cabales
que usted hablaba con él
para que nos remediase.
Viendo tan grande portento
doña María, al instante
incándose de rodillas
ante la divina Imágen,
á Dios le dio muchas gracias,
á su soberana Madre,
y á san Antonio bendito
por milagro tan notable.
Vamos á que al otro dia
así que las puertas abre
el portero del convento,
fue á visitar los altares,
y á san Antonio de Padua
con devoción á rezarle,
y viendo tiene en la mano
una carta, sin tardarse
le dió cuenta al guardian,
el cual mandó que al instante
toquen á comunidad,
y que todos se juntasen,
por ver á quien san Antonio
la carta quería darle;
y aunque llegaron humildes,
á nadie quiso entregarle
la carta, con que el prelado
dijo que todos llegasen.

hombres niños y mugeres
cuantos en la iglesia entrasen,
y aunque llegó mucha gente,
en vano fue que llegasen,
hasta que doña Maria
fue á darle gracias al padre
san Antonio, por mercedes
tan colmadas y tan grandes.
Mandáronla que llegára,
y al punto la mano abre
san Antonio, y le entregó
la carta sin dilatarse,
y así en presencia de todos
el padre guardián la abre
y leyendola, decia
estas palabras formales.
«Quiera Dios, esposa mia,
que este mi carta te halle
en compañía de mis hijos,
y de tu querida madre
con salud, la mia es buena
en las Indias Orientales;
ha nueve años que estoy
cumplidos y muy cabales,
y en este mes de enero
sabrás que hablé con un padre
de la orden franciscana,
muy cariñoso y afable,
que le llaman fray Antonio;
y me dijo que al instante
se embarcaba para España,
si tenia que mandarle,
que en la ciudad de Jerez
estaba por habitante,
y por irse tan de prisa
no tuve al pronto que darle
sino un doblon de ochenta
con que puedes remediarte,
que si Dios quiere, pretendo

estar ahí cuanto antes,
para pedirte perdon
de las miserias y hambre
que has pasado por mi ausencia,
pues ya este glorioso padre
ha disipado sospechas
qué mi corazon abaten,
A doña Maria Javiera
en la Plazuela del Carmen,
soy tu esposo Agustin,
que ruego á Dios te ampare.»
Así que leyó la carta,
fue el guardian al instante
y á san Antonio empezó
el habito á registrarle,
y en una manga le halló
el doblon (¡caso admirable!)
se lo entregó á la señora,
y por milagro tan grande
todos diéron alabanzas
al gloriosísimo Adlante
Antonio, y el caballero
vino á su casa al instante,
y sabiendo estos prodigios
á san Antonio le hace
una suntuosa fiesta
con grandes solemnidades.
Ea, devotos de Antonio,
con milagros tan notables
avivad en vnestro pecho
la devocion muy constante,
Viva el portugués bizarro
eternidades, pues sabe
del demonio y sus errores
á sus devotos librarles.
Y aquí da fin á la historia
el poeta Pedro Saez,
suplicando le perdonen
las faltas de este romance.

CARMONA:—1854.

Imprenta de D. José Maria Moreno, calle de las Descalzas núm. 1.